

LAS ISLAS CANARIAS EN LA ANTIGÜEDAD

En la mitología griega, las Atlántidas —divinidades del mar que habitaban en el Jardín de las Hespérides— eran las siete hijas del dios Atlas, padre de la astrología e inventor de la esfera, a quien se representaba cargando el universo sobre sus espaldas. Atlas enseñó la astronomía a un príncipe heleno, que fue quien introdujo el uso de la esfera. Sus dominios estaban en el occidente de África y era el señor del Jardín de las Hespérides, cuyos árboles daban manzanas de oro, custodiadas por un dragón de cien cabezas.

En la antigüedad el conocimiento de las regiones más distantes y alejadas de los centros de civilización está unido a las vagas y contradictorias noticias aportadas por los navegantes y al velo de misterio con el que se trataba de cubrir cualquier relación sobre otras tierras, lo cual propiciaba la interpolación de episodios y personajes de la mitología. Las regiones habitadas por los hiperbóreos y por los atlantes fueron calificadas como países fabulosos sobre los que circulaban versiones fantásticas y contradictorias. Sin embargo, desde fines del segundo milenio antes de nuestra Era —o sea, hace más de tres mil años— los navegantes del Mediterráneo oriental habían extendido sus rutas hacia las costas atlánticas de Europa y de África. Partiendo del puerto de Tiro, los marinos fenicios cubrían habitualmente líneas comerciales en esta parte del litoral atlántico y en el siglo VII a.C. el primer periplo de África del que tenemos hoy noticia partió desde el Mar Rojo, doblando el Cabo de Buena Esperanza hasta retornar al Mediterráneo.

Las Canarias —muy probablemente ya habitadas en aquel tiempo— son presumiblemente una de esas regiones en las que lo legendario y lo poco exacto de las descripciones se entrelazan en las versiones que los escritores, poetas e historiadores antiguos nos ofrecen de unas islas (Hespérides, Campos Elíseos, islas de la Bienaventuranza o Afortunadas) que parecen hacer referencia a este archipiélago. Los maravillosos paisajes y la bondad del clima de nuestras islas inspiraron a los mitólogos y a los poetas para, amparados en las oscuras relaciones de los navegantes, situar aquí aquellas regiones de la felicidad.

La leyenda de las Hespérides obedece a una fase de la mitología en la que a los viejos mitos de origen suceden los mitos de soberanía. En el origen reinan el caos y el desorden, en medio de las fuerzas de las tinieblas. Pero ya en la *Teogonía* de Hesíodo se dibuja la imagen de Zeus como el dios que establece el orden en el mundo, distribuyendo a cada uno su dominio y saber particulares. En el Próximo Oriente y en el Mediterráneo oriental los mitos de dominación coinciden con los Estados teocráticos y con el asentamiento

de la monarquía. La fundación de la monarquía y la fundación del orden cósmico en el mito son simultáneas. Junto a la ordenación del tiempo, en los mitos de soberanía se produce una reorganización del espacio. Entre el mundo de los dioses y el de los hombres hay un puente, una mediación que legitima la dominación. En el mito de las Hespérides, las siete hijas de Atlas y de Hesperia fueron raptadas por Busiris, rey de Egipto, pero Heracles —el héroe— las rescató y las devolvió a su padre y a sus dominios. El episodio



Las islas Afortunadas aparecen recogidas en la cartografía ptolemaica con los nombres de Aprositum, Hanoni, Planaria, Canaria, Nivaria y Untuaria. Detalle del mapa de África y costa Atlántica, de Ptolomeo.

refleja la característica de soberanía o dominación que envuelve la función social del mito. En el proceso evolutivo posterior, esta dualidad mítica entre lo divino y lo humano comenzará a ser reemplazada por otra dualidad entre el orden natural y el orden humano, entre *physis* y *nomos*, entre la *physis* y la *polis*.

Las islas de las Hespérides gozaban de un permanente clima primaveral, tenían un suelo fecundo y poseían frondosos bosques en los que el canto de las aves deparaba el más fino goce a los humanos. El *promontorium Hesperium* aparece situado frente a las Canarias en la cartografía antigua, señal de la conexión que se hacía de nuestras islas con las paradisíacas Hespérides. Desde muy antiguo nuestro archipiélago aparece relacionado con las islas de la Bienaventuranza, los Campos Elíseos y las islas Afortunadas, nombre este último que llegó hasta la Edad Moderna. Homero situaba los Campos Elíseos al extremo de la Tierra conocida: “allí se vive dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano envía el suave aliento del céfiro para que refresque a los hombres”.

Hace un siglo escribía Gregorio Chil y Naranjo: “...si seguimos a Ulises en sus viajes y le acompañamos en las tempestades que sufrió sobre ese mismo Mar Tenebroso u Océano, no nos queda la menor duda de que fue en los mares de las Canarias donde pasaron las escenas que (Homero) nos pinta como poeta; y que el viaje del rey de Itaca fue una excursión a estas islas...” Al respecto, Chil cita el punto de vista de un autor francés contemporáneo suyo, Julien Danielo —excelente conocedor de los clásicos—, quien sostuvo la tesis de que “la Odisea no es otra cosa sino la navegación fenicio-helénica, pretendiendo haber pasado, mucho antes que Hannon y Pytheas, las *Columnas de Hércules*, penetrado en el Norte de África”. Bajando Ulises del Norte —dice Danielo—, navega, en efecto, hasta las islas Afortunadas de los antiguos, las islas Canarias. Allí es donde encuentra su Polyphémo, que no debió ser sino un guanche gigantesco como el resto de sus hermanos”.

Ciertamente, buena parte de los cantos homéricos representan en la *Odisea* la expansión de los navegantes micénicos hacia el Occidente. Y cabe pensar en la posibilidad de que aquellos llegaran a cruzar las Columnas de Hércules, que en aquel tiempo eran dos islas de forma característica que

señalaban, en el Mediterráneo, el comienzo del estrecho de Gibraltar; actualmente estas islas están unidas a tierra firme y su unión sirve de asentamiento a las ciudades de La Línea, en Europa, y de Ceuta, en África. Es muy probable que se tuviera ya un conocimiento de la posición geográfica de las Canarias en los tiempos homéricos. Sin embargo, aquella hipótesis de Danielo, no se corresponde con la localización que hoy se da al país de los Cíclopes, que se sitúa en la costa de Nápoles y en las islas de Capri e Ischia: el Vesubio habría sido el gigante de un solo ojo personificado como Polifemo en la *Odisea*. Seguramente los marinos de entonces conocían las costas atlánticas, a las que atribuían la presencia de grandes peligros y de seres monstruosos para asegurar los secretos de la navegación y el comercio. Y

Los historiadores europeos de los siglos XVIII y XIX ya coincidieron en afirmar una muy antigua proyección marítima y mercantil fenicia en la costa occidental de África, plenamente confirmada por la historiografía moderna. El más antiguo periplo de circunnavegación de África del que tenemos conocimiento es el organizado en tiempos del faraón Neco II (siglo VII a.C.) y fue llevado a cabo por marinos fenicios. Por Herodoto sabemos que este monarca egipcio ordenó la construcción de un canal de navegación que unía el Mediterráneo y el Mar Rojo, y que una vez que se concluyó la obra organizó una flota mandada y tripulada por fenicios con el objetivo de —escribe el historiador griego— “explorar toda Libia, con orden de volver por las Columnas de Hércules y el Mediterráneo”. Refiere Herodoto que los feni-

Ἰδοῦσε Καρχηδονίοις Ἄνωνα πλεῖν ἔξω Στήλων Ἰρακλείων καὶ πόλεις κτίζειν Λιβυροινίκων. Καὶ ἐπλευσε πεντηκοντόρους ἐξήκοντα ἄγων, καὶ πλῆθος ἀνδρῶν καὶ γυναικῶν εἰς ἀριθμὸν μυριάδων τριῶν καὶ οἷτα καὶ τὴν ἄλλην παρασκευήν.

2. Ὡς δ' ἀναχθέντες τὰς Στήλας παρῆμεψαμεν καὶ ἔξω πλοῦν δυοῖν ἡμερῶν ἐπλεύσαμεν, ἐκτίσαμεν πρὸς τὴν πόλιν, ἦντινα ὠνομάσαμεν Θυμιατῆριον· πεδίον δ' αὐτῇ μέγα ὑπῆν.

3. Κάπειτα πρὸς ἑσπέραν ἀναχθέντες ἐπὶ Σολόεντα, Λιβυκὸν ἀκρωτήριον λάσιον δένδρεσι, συνήλομεν.

Fragmento del texto griego del periplo de Hannon, según el manuscrito de Berlín.

fueron los navegantes fenicios los que exploraron y establecieron factorías en el litoral Atlántico, al sur y al norte de las Columnas de Hércules.

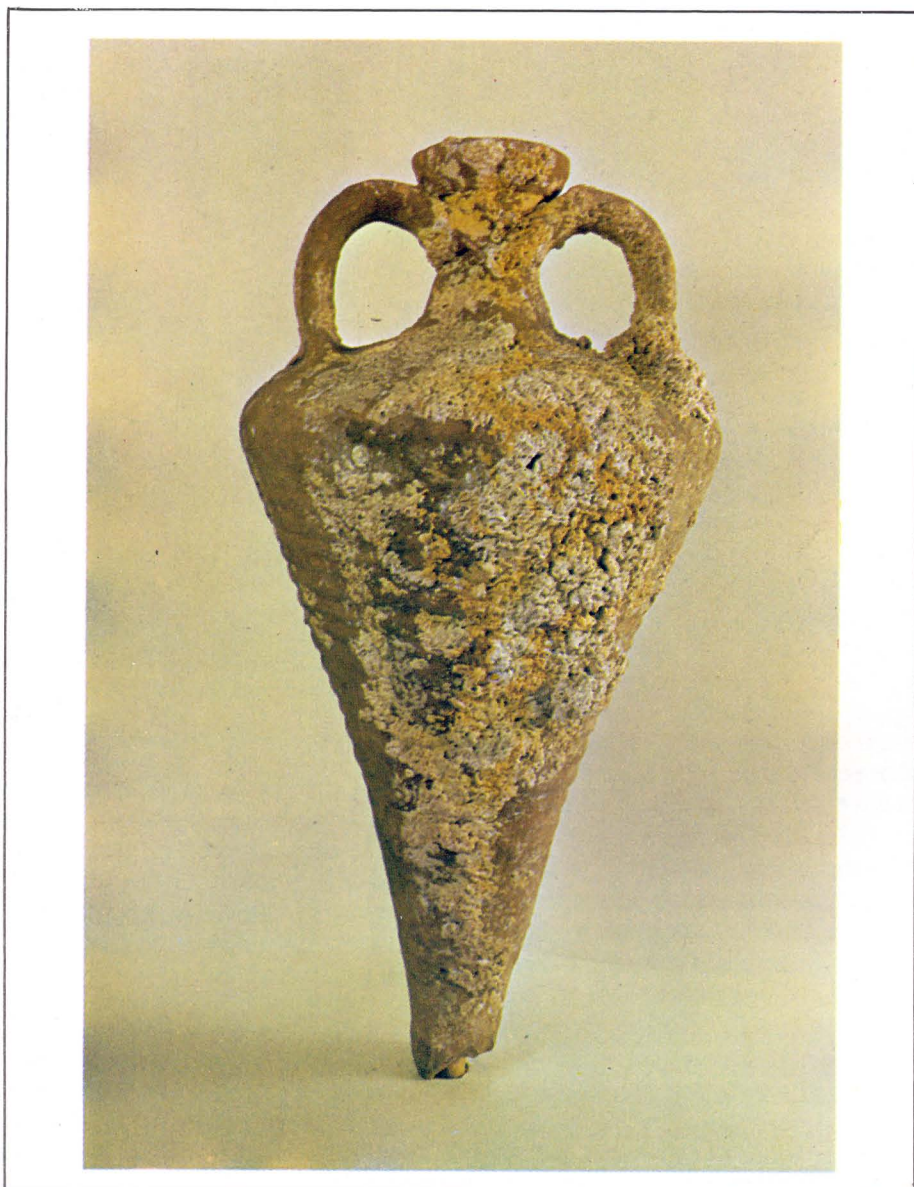
LA NAVEGACIÓN FENICIA

Las hipótesis sobre el conocimiento de las Islas Canarias en la antigüedad tienen sentido en cuanto las referimos a un hecho constatable: el de que los navegantes del Mediterráneo oriental visitaran habitualmente estas aguas del Atlántico desde tiempos remotos. Buenos comerciantes y grandes marinos, los fenicios emprendieron largas expediciones marítimas desde los finales del segundo milenio antes de nuestra Era y fundaron numerosos establecimientos mercantiles en el Mediterráneo y en el Atlántico. Establecieron una red de comercio marítimo que dio gran prosperidad a las ciudades de Tiro y Sidón. Así, el geógrafo Estrabón habla de numerosas colonias fenicias en la costa occidental africana, existentes antes de que Homero escribiera la *Odisea*.

cios navegaron durante dos años y que al tercero penetraron en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar y regresaron a Egipto, es decir, se dio una vuelta completa al continente africano.

Estos viajes tenían la misión de abrir y reconocer nuevas rutas militares y comerciales. Herodoto menciona también otra navegación importante, emprendida por los persas en tiempos de Jerjes. Es el viaje de Sataspes, motivado por una anécdota que nos revela la dura y difícil aventura de la navegación de entonces. Nos dice Herodoto que Sataspes “había violado a una joven, hija de Zópiro, e iba a ser empalado por este delito de estupro cuando su madre, hermana de Darío, le alcanzó el perdón. Ella prometió a Jerjes que impondría a su hijo un castigo peor que el empalamiento: dar una vuelta completa a Libia hasta el golfo Árabe”.

Esta expedición tuvo lugar hacia los años 480-470 antes de nuestra Era.



Ánfora de origen romano, encontrada en aguas de la isla Graciosa (Museo Canario).

Sataspes partió desde Egipto, atravesó las Columnas de Hércules y navegó hacia el sur, doblando el actual cabo Cantin —al norte de la actual ciudad marroquí de Safi— y llegando hasta el golfo de Guinea. Pero temeroso de tan largos recorridos y sin poder superar las calmas marinas de aquella zona ecuatorial, volvió sobre sus pasos sin poder cumplir el objetivo que se le había impuesto. Después de regresar informó a Jerjes de su viaje y le habló de las poblaciones de pigmeos que había visto en la costa africana. Y cuenta Herodoto que Jerjes “no creyó ni una palabra de toda esta historia y mandó empalar a Sataspes por no haber cumplido su misión hasta el fin”.

Desde la perspectiva que nos depara el tema del conocimiento de las Islas Afortunadas en la antigüedad interesa especialmente contemplar la navegación en las aguas del occidente de África, en la medida en que el remontar la corriente de Canarias imponía impres-

cindible escala en este archipiélago durante la ruta de regreso.

En las rutas comerciales que en esta parte del Atlántico cubrieron los marinos fenicios cabe establecer la hipótesis de una escala en las Islas Canarias en el viaje de ida hacia el sur, pero sobre todo la estadía en el archipiélago de las Afortunadas resultaba insoslayable en el regreso. A partir del cabo Arguin —en la dirección norte— las embarcaciones se veían ante el problema de remontar la corriente de Canarias y los vientos alisios a lo largo de, aproximadamente, mil millas. Entre Arguin y las Canarias el alisio sopla en la dirección Norte-Noroeste durante el día, y en sentido del Noreste durante la noche, mientras que la corriente de Canarias —que es más acusada entre las islas y el continente— lleva hacia el Sur o al Sudoeste a una media de un nudo de velocidad, entre un mínimo de medio nudo y un máximo de dos (la velocidad de las embarcaciones púnicas era

de tres nudos). Para remontar esta corriente, las naves tenían que alejarse de la costa y oscilar hacia las islas, en cuyas aguas aquélla es más débil. Al propio tiempo, una escala en Canarias les permitiría descansar y aprovisionarse para poder continuar el viaje de retorno.

Tomando como centro el Mediterráneo, el mundo conocido en las *Investigaciones* de Herodoto alcanzaba por el oriente hasta el valle del Indo y el desierto del Thur, por el sur, Etiopía, golfo de Guinea y costa de Marruecos; por el este, las islas Casitérides (Cornwall); en el norte, las regiones próximas al mar Báltico, y en el noreste, los montes Altai, en Asia. “Así es como aparece el mundo en la época de Herodoto —escribe J. Lacarrière—: un conjunto armonioso de continentes, mares y océanos en el que Europa es conocida en casi su totalidad; África en su mitad septentrional y Asia en su parte meramente occidental. Respecto al centro, se sitúa en algún lugar de Asia Menor, entre el mar Egeo y Persia, de suerte que uno sentirá la tentación de decir: en la región de Halicarnaso, en el límite entre el mundo heleno y el persa”.

CANARIAS EN EL PERIPLO DE HANNON

Una de las posibles referencias más antiguas en torno a las Islas Canarias se relaciona con el periplo de Hannon, expedición emprendida por los cartagineses a la costa atlántica de África en el siglo V antes de nuestra Era. Esta importante empresa marítima se llevó a cabo bajo el mando del “rey” o jefe cartaginés de aquel nombre, obediendo a un proyecto detalladamente planificado, destinado a crear nuevas colonias de Cartago en el África occidental con fines mercantiles. Pocos años antes, Himilcon —hermano de Hannon y predecesor de éste en el mando de Cartago— había llevado a cabo otra gran expedición hacia la Europa del Norte (islas Casitérides, Cornwall) para establecer un circuito comercial que garantizara el suministro de metales (estaño). El viaje de Hannon buscaba, en cambio, el comercio del oro y de productos exóticos. El objetivo de ambas expediciones era, por consiguiente, implantar la potencia de Cartago sobre sólidas bases económicas.

Aunque el texto original que relataba el periplo de Himilcon se perdió, nos es conocido por su translación en

Ora Marítima, de Avieno. Por su parte, el informe de Hannon fue grabado sobre una estela de bronce depositada en el templo de Baal Hammon, en Cartago; desaparecido éste cuando la ciudad fue destruida por el general romano Escipión Emiliano (146 a.C.), subsiste, sin embargo, una traducción griega que se data hacia el siglo III o el IV. Algunos han considerado que este texto es apócrifo, pero la mayoría de los especialistas lo consideran auténtico y constituye uno de los principales documentos púnicos que han llegado hasta nosotros.

Si bien fundada mucho después que Gades (Cádiz) —que data de fines del siglo XII a.C.— y que Lixos —establecimiento fenicio en la costa noratlántica marroquí, cerca de la actual Larache—, Cartago había adquirido en el siglo V gran preponderancia mercantil en el Mediterráneo occidental. De hecho, se dividía lealmente con la ciudad fundadora, Tiro, el tráfico comercial, en la medida en que los cartagineses se proyectaban hacia el occidente, mientras que los tirios lo hacían hacia el oriente. De ahí, la dirección atlántica de los viajes de Himilcon y Hannon. Desde siglos atrás, Lixos conocía la navegación por la costa occidental africana hasta Cabo Verde y era la escala natural del tráfico púnico hacia el sur, como Gades lo era hacia el norte. En estas empresas, Lixos y Gades, respectivamente, habrían de prestar una colaboración importante; sin embargo, para Cartago era una ocasión señalada para demostrar su primacía. Ello explica la importancia que se dio a ambos periplos y, también, el hecho de que fueran mandados directamente por los “reyes” o jefes cartagineses.

La flota de Hannon estaba compuesta por sesenta naves. Aunque el texto griego da el dato de treinta mil pasajeros y tripulantes, esta cifra no es admisible. El máximo de personas que viajaban a bordo se puede llevar hasta las cinco mil, teniendo presente la capacidad de las embarcaciones de la época y la finalidad colonizadora de la expedición. Es muy probable que la propia traducción griega ignorara el sistema de numeración púnico, aportando una cifra diferente de la del texto original. La partida de estas expediciones se hacía coincidir con el equinoccio de primavera (21 de marzo).

Las naves se dirigieron al oeste, hacia las Columnas de Hércules. Después de cruzar el estrecho, la expedición

había de acometer cuatro objetivos diferentes: fundar el establecimiento de Thymiaterion, fundar un templo en Cabo Soleis, desembarcar colonos en las pequeñas ciudades tirias próximas a aquél y hacer escala en Lixos.

Thymiaterion se habría emplazado en la actual Mehedia, en la desembocadura del *uad* Sebou. Las villas que iban a ser repobladas —denominadas Karikon, Gytte, Akra, Melitta y Arambys— ocupaban el saliente de lo que es la actual ciudad de Mazagán (excepto Arambys, que debía de situarse más al norte). El cabo Soleis era un promontorio rocoso (actual cabo Cantin) y la fundación de un templo en este punto geográfico en el que se pueden observar las variaciones de los vientos alisios debe de interpretarse como un establecimiento paralelo —y, sin duda, principal— destinado a la recogida de datos meteorológicos, lo cual era un elemento esencial en la organización de la navegación púnica. Los asentamientos púnicos en esta parte del Atlántico se dedicaban especialmente a las pesquerías del rico banco pesquero existente en estas aguas y sus embarcaciones desarrollaban esta actividad hasta el cabo Arguin.

Una vez cumplida esta misión, retornando al norte, la escala en la antiquísima fundación fenicia de Lixos permitiría avituallarse, hacer aguada y recuperar fuerzas para emprender la más dura y difícil segunda parte de la aventura.

Desde Lixos la flota partió hacia la pequeña isla de Cerné o Kerné, la actual isla de Arguin, sin tocar las Canarias. Allí se situaba una rica factoría pesquera y comercial fenicia, favorecida por el hecho de que la isla está situada en una riquísima zona de pesca y que sus aguas son frecuentadas por lobos marinos y cetáceos. Excepcionalmente, esta isla cuenta con agua suficiente y de buena calidad; por otro lado, al sur tiene una extensa salina natural. El nombre de Cerné o Kerné es de origen griego y significa almacén; por lo tanto, constituye una denominación genérica no característica de este punto geográfico, lo cual ha hecho difícil su identificación, ya que tal nombre seguramente coincidía con el de otros establecimientos del circuito mercantil de la costa africana. Hay que tener presente que Arguin —la isla está separada apenas un kilómetro del continente— era la encrucijada de un antiguo tráfico de caravanas que traían polvo de oro, plumas y pieles desde el



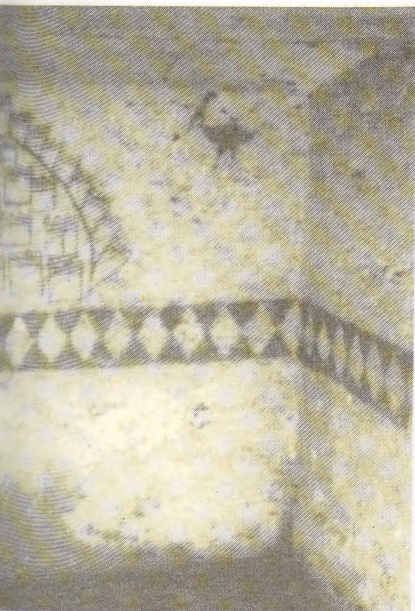
Arte decorativo púnico en las paredes de la ciudad cartaginesa.

Senegal. Desde Cerné los fenicios pasaban al continente para comerciar e intercambiar mercancías. Ésta era la última escala en la que con seguridad las naves podían hacer aguada y avituallarse para acometer la última etapa del viaje.

Desde Cerné la expedición continuó hasta el golfo de Guinea, a través de las islas Bissagos, Sierra Leona y los países de Benin y Yoruba, alcanzando la costa del Camerún y divisando el monte llamado *Trono de los Dioses* —el volcán del Camerún (4.070 metros de altitud), que hoy es denominado por los duala con el nombre de *Madungo ma Loba*, que tiene aquella traducción—, el cual contemplaron en erupción.

Ésta fue la latitud situada más al sur a la que llegaron las naves de Hannon, en las proximidades del Ecuador. Aquí terminó el relato del periplo. Desde el punto de vista náutico el retorno de la expedición encerraba mayores dificultades. Las embarcaciones cartaginesas no podían volver por la misma ruta del viaje de ida y tenían que seguir una derrota diferente que les permitiera remontar las corrientes y los vientos que les habían favorecido hasta penetrar en el golfo de Guinea. Dado que los marinos cartagineses habrían de guardar celosamente sus conocimientos náuticos, es explicable que el relato del periplo omitiera cualquier dato sobre el viaje de regreso.

Conociendo la capacidad de las embarcaciones cartaginesas y sus criterios de navegación se ha establecido la



Arte decorativo en Yebel Mlezza, en los antiguos territorios de África).



Arte decorativo de los antiguos canarios en la Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria.

hipótesis de la siguiente ruta en el retorno de la expedición de Hannon:

Desde el Camerún las naves continuarían hacia el sur hasta la isla de Príncipe, cerca de Santo Tomé; luego, manteniendo la misma latitud, navegarían al oeste hasta sobrepasar el extremo occidental del golfo adentrándose en el Atlántico para desde aquí establecer una ruta directa a las islas Bisagos, al sur del Senegal. Desde este archipiélago las naves seguirían hasta hacer una nueva escala en Gorée. La siguiente etapa les llevaría hasta Cerné (Arguin). Nos interesa detenernos aquí en la parte del periplo que sigue al momento en el que los cartagineses parten desde Arguin hacia el norte. Ésta era la etapa de mayor dureza y complejidad del viaje, puesto que las embarcaciones se veían obligadas a remontar el alisio y la corriente de Canarias.

Desde Arguin hasta la latitud de las Afortunadas las naves cartaginesas tenían que cubrir seiscientas millas. Teniendo en cuenta la dirección del alisio y la de las corrientes marinas es evidente que aquellas embarcaciones no podían pasar entre el continente y las Canarias, como habían hecho a la ida, sino que tenían que alejarse de la costa para cruzar el archipiélago, donde la corriente es más débil. Hay que tener presente, no obstante, que en caso de soplar vientos fuertes del Noreste les resultaría muy difícil o prácticamente imposible remontar la corriente en nuestro archipiélago, por lo que ha de pensarse que las naves cartaginesas harían escala en nuestras islas, no sólo

para avituallarse, sino también, en su caso, para esperar las mejores condiciones de navegación.

La larga travesía desde Arguin les obligaría, por lo demás, a llevar a cabo una escala en las Canarias, para suministrarse de víveres y de agua. No poseemos en la actualidad fuentes arqueológicas o documentales que nos puedan indicar el punto o puntos del archipiélago en los que fondearan naves fenicias y cartaginesas. Lanzarote y Fuerteventura, muy próximas al continente, quedarían descartadas en la ruta de regreso. En Gran Canaria, el istmo de Guanarteme —ocupado hoy por la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria— y la bahía de la Luz habría constituido un lugar adecuado para la escala. En efecto, la bahía de la Isleta proporcionaba un lugar en la costa al abrigo de los vientos y el istmo bajo y arenoso era, como Arguin, uno de esos lugares por los que mostraban preferencia los navegantes fenicios. Recordemos que nos hallamos dos mil quinientos años atrás; las islas se encontraban habitadas y los expedicionarios tendrían posibilidad de realizar intercambios con los nativos. Hemos de tener presente el dato de que en el actual emplazamiento de Las Palmas de Gran Canaria había asentamientos aborígenes —desembocadura del Guinguada, a cinco kilómetros del istmo— y que en la Isleta pervivió hasta finales del siglo XIX una gran necrópolis prehistórica (junto con la de Arteara y la del Maipés, en Agaete, uno de los tres grandes cementerios aborígenes de Gran Canaria). Si, en su

necesidad de remontar la corriente, las naves derivaban más al oeste, es posible que recalaran en la bahía de Santa Cruz de La Palma, que se detuvieran en La Gomera o que llegaran a la isla del Hierro. Cabe pensar en el naufragio de algunas de estas embarcaciones y, por consiguiente, en la permanencia en las islas de algunos de estos navegantes. Y es muy posible que los marinos y comerciantes fenicios y cartagineses añadieran a su tráfico algunos productos de estas islas, tales como la orchilla —de la que se obtiene un brillante tinte rojo—, la obsidiana y la apreciada sangre de drago.

Se ha querido ver en determinadas inscripciones de Balos (Gran Canaria) y el Julan (Hierro) testimonios de la presencia fenicia y cartaginesa en el archipiélago canario. Sin embargo, éste es un tema pendiente de estudio. De la misma forma que se ha especulado sobre la navegación romana en aguas de Canarias merced al hallazgo de ánforas que presuntamente tienen dicha procedencia, encontradas en las costas del archipiélago, es posible que en el futuro la arqueología submarina pueda suministrarnos indicios de aquellos periplos. Al respecto, debemos tener presente, por otro lado, el hallazgo de monedas púnicas en Corvo, la más occidental de las Azores. En tal sentido debo recoger aquí la información recibida de mi apreciado amigo don Jaime O'Shanahan Bravo de Laguna a quien el botánico Eric Sventenius —fundador del Jardín Canario— le manifestó haber encontrado monedas fenicias en unas cuevas de la Gomera. Aunque no

tenemos datos del lugar en donde fue encontrado dicho material, ni tampoco del destino posterior que le diera el gran botánico, dejamos aquí constancia de esta información como un elemento más de juicio, aunque no pueda ser utilizado como documento histórico.

Desde Canarias los expedicionarios habrían emprendido rumbo a Lixos, para luego retornar a Cartago cruzando previamente las Columnas de Hércules.

En el texto que se conserva del periplo de Hannon no se ofrece, por consiguiente una expresa mención a las Islas Canarias. Sólo una reconstrucción adecuada de la ruta seguida por sus naves nos permite sentar la hipótesis de una escala en nuestro archipiélago, que seguramente sería habitual en los derroteros del comercio púnico con África occidental.

Con otro sentido, recordemos que, a medias entre la leyenda y las referencias de los navegantes, Plinio alude a la visita de Hannon a las islas Górgodas en un pasaje de su *Historia Natural*: “Cerca del cabo Occidental se hallan las Górgodas, antigua mansión de las Górgodas. Hannon, general de los cartagineses, penetró hasta ellas y encontró unas mujeres tan ligeras en la carrera que parecía como que volaban. De ellas pudo solamente coger dos, cuyos cuerpos estaban tan poblados de crines que, para conservarlas como muestra de una cosa prodigiosa e increíble, colocó sus pieles en el templo de Juno, donde se veían colgadas hasta la destrucción de Cartago”. Las Górgodas siempre fueron situadas en la cosmografía antigua en esta parte del Atlántico y la referencia de Plinio incide, por lo tanto, en la navegación púnica en estas aguas. La mención que aquí se hace de la gran velocidad en la carrera y a las crines se conecta con una antigua fábula según la cual las Górgonas eran unas yeguas de la Libia que habían sido robadas. Hay que añadir, al respecto, que la tradición histórica de la época dice que, junto al texto del periplo, los visitantes de aquel templo podían contemplar las “pieles de Górgona” que Hannon había traído de su viaje. En el párrafo final del texto del periplo, se dice muy concretamente que aquellas islas se hallaban en el golfo de Guinea y que se trataba de pieles de gorilas hembras.

El Periplo de Hannon es el más antiguo relato de exploración cuyo texto haya llegado hasta nosotros. Fue una extraordinaria aventura de la que afor-

tunadamente nos ha quedado memoria escrita. Pero, sin duda, otros periplos y expediciones marítimas tuvieron lugar antes que éste.

LA EXPEDICIÓN DE JUBA II A CANARIAS

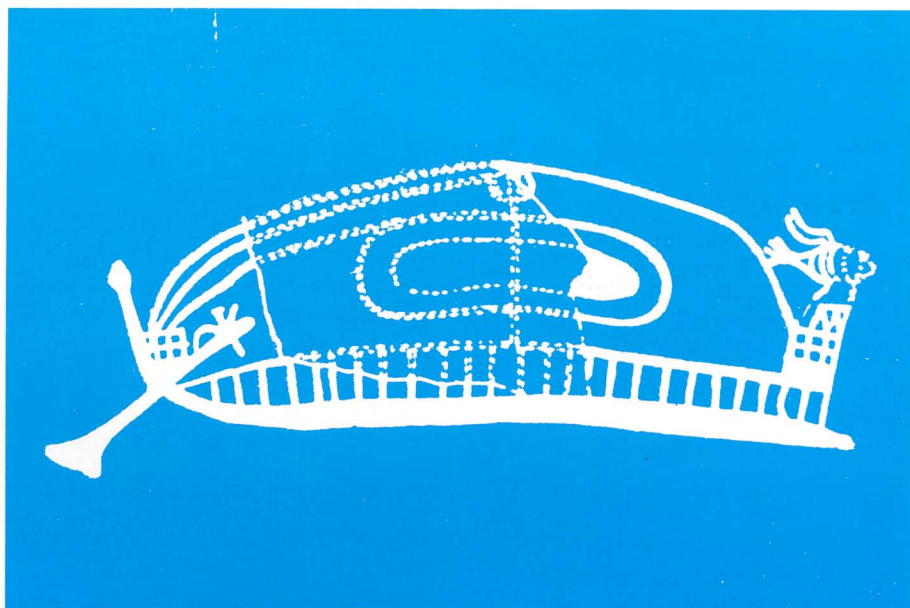
El único documento de la antigüedad que registra de forma concreta el conomiento de las Islas Canarias es el pasaje de la *Historia Natural* de Plinio que nos aporta los datos recogidos en la expedición del rey Juba II de Mauritania.

El texto de Plinio es confuso, debido posiblemente a la recepción indirecta de las fuentes utilizadas y a las interpolaciones practicadas en la información original. Cabe pensar que en los tiempos en que fue jefe de una fuerza

César y al morir éste por la de Octavio. El emperador Augusto le destinó como esposo a Cleopatra Selene, hija de la reina de Egipto y de Antonio.

Se dice que además del latín y el púnico, hablaba las lenguas griega y berebere. En su corte se rodeó de sabios y cultivó las letras y las ciencias. Su amor a las ciencias fue tal que aquéllas le concedieron más brillo y celebridad que su corona, siendo especialmente admirado en Grecia. De su obra escrita nada ha llegado hasta nosotros y sólo tenemos referencia de ella por las informaciones de Plinio el Viejo.

El conocimiento de la navegación y de las costas del África occidental tenía interés en lo que concierne al dominio y a la expansión territorial de Roma. Como rey de Numidia y Mauritania



Embarcación micénica, semejante a la nave de Ulises descrita por Homero en el canto VII de la *Odisea*. Decoración de un vaso de Pilos.

naval romana —por nombramiento de Vespasiano— el gran naturalista tuviera oportunidad de acceder y de utilizar informes militares y de navegación de carácter secreto de los archivos militares. Entre ellos figuraría la información que hizo Juba II de su expedición a las Islas Afortunadas, que se había realizado contando con naves de la flota romana.

Juba II —rey de Mauritania entre los años 25 a.C. y 23 de nuestra Era— fue un monarca erudito, que había recibido la educación de las más altas familias romanas de su tiempo. Hijo de un príncipe númida, que se quitó la vida para no ser tomado prisionero por Julio César después de la batalla de Tapsos, el pequeño Juba fue llevado a Roma cuando contaba cinco años de edad. Fue adoptado por la familia de

—un país feudatario del Imperio—, su expedición a las Canarias contaría con el beneplácito de Roma, que habría puesto a disposición de Juba los medios de navegación necesarios. Luego rendiría un informe sobre el viaje, que sería el utilizado por Plinio (23-79 d.n.E.) años más tarde.

Antes de Juba el historiador Polibio (205-123 a.C.) había recibido órdenes de Escipión de reconocer con una flota los confines de esta parte del mundo. Ello tuvo lugar después del asedio y toma de Cartago (147-146 a.C.) por Escipión el Africano. Se sabe que Polibio —preceptor de la familia Escipión, a cuyos generales acompañó en varias campañas militares— presenció la destrucción de Cartago. Cabe pensar, así, que tuvo ocasión de leer o de tener noticia del texto del periplo de

Hannon, que permanecía inscrito hasta entonces en el templo de Baal-Hammon. En su expedición posterior habría estado presente, en tal caso, la navegación hacia las Islas Canarias y su reconocimiento.

En todo caso, la información recogida por Polibio se habría guardado en Roma; es posible que Juba, con motivo de la preparación de su expedición a las Islas Canarias se documentara previamente con la información recopilada en Roma sobre esta parte de África, incluyendo las noticias del historiador griego.

De esta forma, las fuentes que confluyeron en el pasaje de Plinio fueron las que en su día aportaron Polibio —y los datos por él utilizados— y Juba II. Además, al comienzo de este texto se menciona a Staius Sebosus (personaje sólo conocido por las citas de Plinio), quien posiblemente hiciera una interpolación sobre el informe de Juba.

En el pasaje de la *Historia Natural* aparece la denominación de Islas Afortunadas, nombre ya usado por autores anteriores a Plinio, tal como éste explica. En el párrafo atribuible a Sebosus se nombran las islas de *Junonia*, *Pluvialia*, *Capraria* y *Afortunadas* (estas últimas, en número de dos: *Planaria* y *Convallis*). Es decir, se reconocen cinco islas del archipiélago.

En el segundo párrafo del pasaje de Plinio se recogen las siguientes denominaciones: *Ombrios*, *Junonia*, *Junonia* (menor), *Capraria*, *Nivaria* y *Canaria*.

En general estas denominaciones encierran características geográficas o faunísticas de cada una de las islas mencionadas. En la relación atribuida a Juba se explica el nombre de varias de las islas. De todas formas es conveniente abundar en la significación latina —o, en su caso, griega— de dicha nomenclatura a la hora de intentar completar y precisar su sentido.

Ombrios es vocablo griego que significa *lluvioso* (en latín, *piedra preciosa*). Esta acepción griega coincide con la latina *Pluvialia*, que también significa *lugar lluvioso*. Ello permite suponer que ambas denominaciones estarían referidas a una misma isla. *Junonia* es *dedicado a Juno* y aparece en los dos párrafos del pasaje. *Capraria* se corresponde con islas del mar Tirreno y del Mediterráneo (acaso la actual isla de *Cabrera*) conocidas con tal nombre en la antigüedad e, igualmente, esta denominación se recoge en los

Relación del viaje de Juba II, según Plinio

Algunos autores, dice, creen que más allá se encuentran las islas Afortunadas y algunas otras. El mismo Sebosus les ha dado el nombre y marcado las distancias, diciendo, que Junonia se halla a setecientos cincuenta mil pasos de Cádiz; que la Pluvialia y Capraria se encuentran a igual distancia de Junonia, hacia el Occidente; que en la Pluvialia no hay otra agua que la de la lluvia; que a doscientos cincuenta mil pasos están las islas Afortunadas, a la izquierda de la Mauritania sobre la línea de las tres de la tarde (Sud-oeste); que una isla se llama Convallis, a causa de sus concavidades, y otra Planaria por su apariencia; que el circuito de Convallis es de trescientos mil pasos, y sus árboles se elevan hasta la altura de ciento catorce pies.

Tal fue el resultado de las investigaciones de Juba sobre las islas Afortunadas, que sitúa también al Mediodía cerca del Poniente, a seiscientos veinte y cinco mil pasos de la isla Purpuraria; de suerte que se ha de navegar doscientos cincuenta mil pasos hacia el Oeste, y después trescientos setenta y cinco mil hacia el Este. La primera, llamada Ombrios, no ofrecía vestigio alguno de edificios, y sólo en la cima de sus montes se veían un estanque y árboles semejantes a la Férula. Extráese de ellos un agua, que es amarga en los negros y agradable al gusto en los blancos. Otra de las islas se llama Junonia, en la que sólo existe un pequeño templo fabricado de piedra; en sus inmediaciones hay otra isla menos extensa que lleva el mismo nombre; después viene Capraria, llena de grandes lagartos. A la vista de éstas se halla Nivaria, que ha recibido aquel nombre por sus nieves perpetuas y estar cubierta de nieblas. La más vecina a Nivaria es Canaria, así llamada por los muchos perros de enorme tamaño en que abunda, y de los cuales se cogieron dos que fueron presentados a Juba; descúbrese en ella vestigios de edificios. Todas aquellas islas abundan en árboles frutales y en aves de variadas especies; la de Canaria está llena de bosques de palmeras de dátiles y de piñas de pino. Hay miel en gran cantidad; en las márgenes de los arroyos se encuentra el papyrus y el siluro. El aire de las islas está siempre infestado por la putrefacción de los animales que el mar arroja continuamente sobre las costas.

dos párrafos citados por Plinio. *Nivaria* significa lugar *lleno de nieve*, lo cual está explicitado en el relato de Juba. *Canaria* tiene en latín el significado de *yerba grama* (gramínea); al respecto, hay que mencionar una especie de gramínea que se da en esta isla, aunque no es endémica (*Cynodon dactylon*, vulgarmente conocida como “greña”).

En el texto de Plinio el origen de su nombre se atribuye a “los muchos perros de enorme tamaño en que abunda”.

Hay otros dos nombres, insertos en el párrafo que Plinio atribuye a Sebosus: *Convallis*, que quiere decir *valle angosto*, y *Planaria*, relativa a llano. Esta última denominación se daba a

una isla del mar Ligústico; a su vez, *Planasia* era el nombre de una isla existente entre Córcega y Etruria.

El nombre de *Canaria* fue el que dio denominación al archipiélago. La isla de Gran Canaria era la más poblada y su población fue la que alcanzó más elevados niveles culturales. Seguramente, esta comunidad insular —o parte de ella— se atribuía su propio nombre, quizás relacionado con su origen étnico o con alguna característica de la isla. El relato de Juba lo refiere a la existencia de muchos perros de gran tamaño y ésta ha sido la explicación tradicionalmente admitida sobre el origen del nombre de esta isla. A su vez, el diccionario latino le relaciona con una yerba gramínea, aunque en principio ello no ofrezca referencia directa con el nombre antiguo y actual de Gran Canaria. En el siglo XVIII, G. Glas escribía que los habitantes de las riberas del río Senegal daban el nombre de *Ganar* al país situado entre dicho río y las montañas del Atlas. En 1838 S. Berthelot señalaba que “con respecto a *Canaria* su nombre debe provenir de los pueblos canarios (*Canaru*), que Plinio colocaba cerca del Atlas”. En efecto, el propio Plinio les daba el nombre de *canarii* al referir que en el año 44 de nuestra Era fue enviada una expedición militar contra ellos, mandada por el general Suetonius Paulinus. Igualmente, hace un siglo el general Feidherbe —explorador

y estudioso francés— recordaba que el nombre de *Canaria* procede de una antigua población asentada en África atlántica, en la Mauritania, y que todavía los *yulufs* o *ulufs* del Senegal la conocían como *Canar* o *Ganar*. Este pueblo habría colonizado la isla de Gran Canaria, a la que dieron el nombre. Feidherbe dice, al respecto, que el *canartem* o el *ganartem* era el jefe de *ganar* o *canar*.

El pasaje de Plinio ofrece datos evidentes que identifican a las islas:

—árboles de los que se extrae agua (clara alusión al Garoé y a la lluvia horizontal en los bosques de laurisilva).

—existencia de grandes lagartos.

—nieves en la isla Nivaria.

—vestigios de edificios, perros de enorme tamaño y bosques de palmeras y pinos en Canaria.

—existencia de aves de variadas especies.

—y putrefacción de animales que el mar arroja sobre sus costas, dato que coincide con la antigua presencia de cetáceos y lobos marinos en las aguas del archipiélago (todavía hoy es frecuente que ballenas y cachalotes vengán a morir a las playas de las islas).

Hay que subrayar, además, la identificación de las Islas Afortunadas de la antigüedad con las Islas Canarias, atribución muy importante a la hora de anotar cualquier otra referencia de los escritores e historiadores clásicos a este archipiélago.

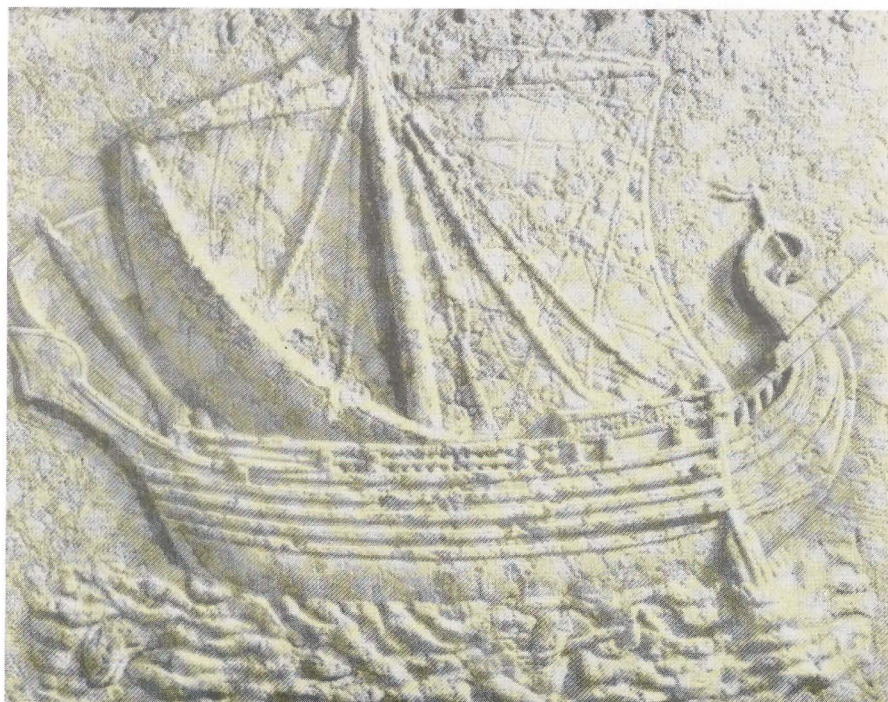
Si atendemos a la escasa documentación que hoy podemos conocer, parece que los romanos no tuvieron un

amplio conocimiento sobre las Islas Canarias. En otro capítulo de su *Historia Natural*, Plinio nos dice que Juba había fundado establecimientos en las islas destinados a la extracción y tráfico de la púrpura. Pero no se conoce otra documentación sobre el tema, ni se han encontrado hasta la fecha vestigios arqueológicos que lo confirmen. En el siglo I a.C. el poeta Horacio incitaba a los romanos a asentarse en nuevas tierras en el Océano, a las que —decía— no había llegado el infatigable Ulises, ni tampoco los navegantes fenicios. Pero los habitantes de Etruria y de la Campania no quisieron aventurarse a otros riesgos y las islas atlánticas quedaron al margen de la colonización romana.

LA CARTOGRAFÍA ANTIGUA

Ptolomeo daba el nombre de *Canaria extrema* a un promontorio de la costa del África occidental coincidente con el actual cabo Bojador. En frente, sitúa a las Islas Afortunadas, en número de seis. Claudio Ptolomeo desarrolló sus trabajos en Alejandría, contando con el inmenso acervo reunido en la Biblioteca y el Museo de aquella ciudad, que fue el centro de la cultura helenística hace veinte siglos. Pudo valerse así del material elaborado por los geógrafos que le antecedieron. Especialmente, utilizó para su Geografía la obra de Marino de Tiro (*Corrección del mapa de la Tierra*, conocida sólo por la cita de Ptolomeo). Marino de Tiro situó en las Islas Afortunadas la longitud occidental del mundo hasta entonces explorado. Ptolomeo estableció en 180° la longitud del mundo conocido (en realidad son 127°), corrigiendo los 227° marcados por Marino. La longitud se contaba a partir de las Islas Afortunadas, como tierra más occidental, y el meridiano de las Canarias inició desde antiguo el cómputo de las longitudes.

Cuando declinó el Imperio Romano y la navegación mediterránea olvidó la antigua tradición mercantil que le llevó a surcar estas aguas, de nuevo las Islas Afortunadas permanecieron en el apacible silencio de un largo período que interrumpieron los marinos mediterráneos doce siglos después. Así, pervivió la imagen y la leyenda de estas islas de la Fortuna, habitadas por una población prehistórica que en el siglo XV se enfrentaría a un amargo destino.



Nave fenicia. Sarcófago de Sidón, siglo II antes de nuestra Era.